

Comunicación al Sr. D. José Arizmendi-Arrieta  
por el Sr. D. José Arizmendi-Arrieta  
en la  
impresión

Madrid, Mayo 1943 -

# Misión del Sacerdote en las Escuelas de Aprendices

Rvdo. D. JOSE MARIA ARIZMENDI-ARRIETA

Director y Consiliario de la Escuela de Aprendices de

Mondragón (Guipúzcoa).

La vida, con su incesante despliegue de las nuevas exigencias, hace que hoy el trabajo ocupe el primer plano de la actualidad y el precepto divino de trabajar se imponga con una universalidad que cada día admite menos excepciones. No se puede pensar en clases o sectores de población que sigan disfrutando del privilegio de no trabajar. Y se puede asegurar sin temor a equivocaciones que cada día predominarán más en el espíritu de los hombres y de los pueblos aquellas virtudes o aquellos defectos que consagre o tolere la vida de trabajo.

Los hombres o los pueblos previsores deben presentar una atención creciente al estudio y a la transformación de las condiciones del trabajo: será preciso pensar seriamente en la *humanización* del trabajo para que el hombre medianamente su ejercicio, no solamente no degrade, sino se ennoblezca ya que el precepto divino de trabajar indudablemente perseguía la elevación moral y material del hombre.

## 1. Humanización del trabajo.

Humanizar el trabajo quiere decir hacerlo más llevadero. La primera condición que lo humaniza es sin duda una justa remuneración ya que el hombre necesita trabajar para poder vivir decorosamente. Pero nadie negará que el ejercicio del trabajo es más o menos desagradable según las aptitudes del operario para aquello que ejecuta. De ahí que otra condición indispensable para su humanización sea el respeto a la voca-

ción profesional o un *mínimum* de respeto y consideración a las aptitudes del trabajador.

Si seguimos analizando un poco las características del trabajo moderno, las que le imponen la división y racionalización del mismo, veremos que el trabajo tiende a ser cada vez más monótono, automático y limitado, de forma que cada vez ofrece menos satisfacciones al espíritu del hombre su ejecución. En este caso para poder humanizar el trabajo, sin ir contra las exigencias de la técnica y del progreso, que tan extraordinariamente han fecundado el esfuerzo humano, el único camino que nos queda es el cultivar de tal forma las facultades humanas que nuestros trabajadores puedan disfrutar del magnífico patrimonio espiritual de la humanidad al margen de la jornada de trabajo. Normalmente la jornada de trabajo tiende a reducirse y la reducción de la jornada de trabajo ofrece a los trabajadores la oportunidad de poder expansionar su espíritu en el campo de las artes o de las letras, que antes prácticamente estaba abierto para los que podían disponer de tiempo u ocio para ello y que eran una minoría de los hombres. Para poder disfrutar de la gran fortuna espiritual de la humanidad basta con que cada uno haya cultivado un poco sus facultades superiores, porque afortunadamente esta riqueza espiritual no está encerrada en las cajas fuertes o en cuentas asignadas a determinadas personas.

Hemos dicho que el patrimonio espiritual de la humanidad estará socializado

el día que se haya podido dar una iniciación cultural amplia a todos los sectores de la población. Indudablemente la mitigación o desaparición de las desigualdades de educación y de cultura ha de constituir un peso decisivo para el fomento y desarrollo de una verdadera solidaridad espiritual humana. La concesión de las oportunidades de educación y cultura a todas las clases ha de repercutir profundamente en el desenvolvimiento de nuestra civilización. La falta de cultura provoca en la mentalidad de los proletarios un sentimiento de inferioridad, cuya revancha encuentran muchas veces en la violencia. Por otra parte la proclamación de muchos derechos de los proletarios proclamación motivada por el noble propósito de querer reconocer la igualdad común de todos los hombres y la dignidad humana, no ha surtido los saludables efectos que eran de esperar, puesto que la falta de preparación intelectual y moral de los mismos para administrar por sí mismos sus propios intereses los ha hecho víctimas de una minoría de desaprensivos y de audaces. A pesar de todo la inmensa masa de hombres de nuestra comunidad son seres totalmente pasivos como miembros de la comunidad: mejor dicho la masa no acaba de transformarse en pueblo organizado y disciplinado. Y no está bien que la inmensa mayoría de una población tenga siempre el carácter de menores de edad vitalicios. En el fomento de la cultura en las masas trabajadoras o en las nuevas generaciones de trabajadores vemos un camino abierto y espléndido para llegar a una verdadera humanización del trabajo en los diversos aspectos.

## 2. Centros de formación profesional.

De momento la mejor forma de emprender o de acometer la socialización de la cultura es la modalidad de forma-

ción profesional. No hay que sustraer fuerzas al trabajo: hay que huir de presentar esta tentación a las nuevas generaciones, y más en un país en que existe una saturación de carreras especulativas o de empleos burocráticos. Hay que abrir el camino de superación a todas las clases, pero por un cauce social y normal, por el del trabajo serio y constante. Por eso abogamos por una formación profesional escalonada, que al par que permite el acceso de los verdaderamente dotados, no compromete, antes bien facilita prácticamente el acoplamiento o la colocación de todos los demás.

Una primera observación que se debe tener presente a este objeto es la vinculación estrecha que la formación profesional debe guardar con los planes de desarrollo industrial. Por este motivo debe ser objeto de una cuidadosa consideración el emplazamiento de los diversos tipos de centros de formación profesional. La creación de centros de esta índole sin tener en cuenta las posibilidades de empleo o colocación de los alumnos, acarreará para ellos la frustración de unas ilusiones o la necesidad de desplazamientos no muy indicados socialmente: ambas consecuencias son de suficiente trascendencia como para proceder con cierta cautela y discreción en la creación y orientación de los centros de formación profesional.

Asimismo hay que tener en cuenta otra realidad de la vida industrial: en la medida que se procede a una mayor división del trabajo y a una mejor racionalización de las actividades laborales, condición de un mayor rendimiento, se simplifica el aprendizaje de los operarios y su formación específicamente profesional puede tender a ser más limitada, si se puede contar con una buena orientación profesional previa. Aun cuando desde el punto de vista social pudiera abogarse por una formación profesional amplia en beneficio de los alumnos que

de esta forma tendrán más posibilidades de colocación, no siempre será acertado dicho criterio si se considera el sacrificio económico que ello implica y sobre todo si ello lleva aparejada una limitación de la formación cultural propiamente dicha. Quien tenga presente que el hombre es trabajador o profesional unas pocas horas del día, cada vez menos en un mundo que se desenvuelve normalmente y las posibilidades de disfrute humano que ofrece al hombre la cultura, o tendrá dificultad de aceptar el criterio de cierta supeditación de la formación profesional a la cultural.

Aquí recalcaremos que los centros de formación profesional que no sean al mismo tiempo una escuela de hombres están cavando su propio sepulcro, ya que lo que más debemos temer no es entrar en la vida sin suficiente cultura intelectual, sino con falta de cultura moral. Y de una vez para siempre diremos, que la acepción que nosotros estamos dando a la palabra cultura es esta de formación intelectual y moral.

Y considerando esta necesidad de que los centros de formación profesional proporcionen esta formación integral a sus alumnos, todos comprenderemos que estos centros tienen que ser una especie de continuidad del hogar: han de parecerse al hogar más que al cuartel por el ambiente de intimidad o confianza y

por las modalidades de la misma disciplina o régimen interior. En primer lugar aquellos centros que concentran multitudes de alumnos difícilmente se prestan a un régimen hogareño. Ya sabemos que el aprovechamiento de ciertos elementos materiales y cierto grado de especialización de profesores requieren un mínimo de alumnos. Sería sumamente interesante que se estudiara el límite máximo de alumnos considerando los diversos aspectos económicos, social y espiritual de los centros de formación profesional.

Los centros cuyos alumnos estén desligados de su hogar o también de los centros laborales donde van a ejercer su actividad, deben reflexionar sobre los problemas que plantea en la formación de los alumnos esa modalidad de régimen. Sin negarnos a reconocer las razones poderosas que pueden militar a favor de cada uno de los sistemas de formación y sin querer generalizar demasiado las observaciones, diremos que no deja de ser una cuestión digna de atención el hecho de habituarse a un nivel de vida o hábitos muy distanciados a los del propio hogar a los jóvenes que al reintegrarse luego a sus casas pueden sentir demasiado los contrastes: pueden resultar un poco inadaptados en su propio hogar. Algo por el estilo les puede ocurrir a otros centros en cuanto a la formación profesional cuando sus alumnos no han tenido oportunidad de conocer más talleres o laboratorios o máquinas que los de la Escuela. Pero no queremos hacer una crítica negativa y sin que nos atrevamos a decir que está mal lo que se hace, nos lanzaremos a proponer alguna fórmula que pudiera tener interés, alguna fórmula en que se pueden conjugar unas cuantas ventajas con algunos pocos inconvenientes.

Creemos que se iría por un camino seguro y se llegaría muy lejos en el fomento de la formación profesional con un tipo de escuela o un plan de formación que facilitara a los alumnos la colocación en un centro de trabajo durante parte de la jornada de trabajo para poder asistir al centro de formación profesional durante otra parte de la misma. En resumidas cuentas abogamos por aquella fórmula que permita simultanear el trabajo y el estudio o la formación profesional en un centro adecuado. En este caso para establecer una escuela o un centro no es indispensable contar desde un principio con unas instalaciones costosas, completas o complicadas.

En gran parte la formación profesional se aseguraría en los centros de trabajo. Y los jóvenes no se resistirían antes bien acudirían contentos a los centros de formación profesional empleando para ello parte de la jornada de trabajo. Incluso las empresas no perderían nada y coadyuvarían a una gran obra exigiendo a sus aprendices el cursar en esta forma en los centros de formación profesional durante un período discreto.

Esta modalidad de formación profesional no arriesga a los jóvenes a pasar unos años con la ilusión vana de ser una cosa para tener que resignarse más tarde a lo que se presente. Los empresarios proporcionando a los jóvenes esta oportunidad de formarse y contribuyendo al sostenimiento de los aludidos centros de formación profesional han cumplido con los afanes de superación que de otra forma pudieron quedar totalmente defraudados en muchos jóvenes. Estos disfrutan de libertad para acomodarse con arreglo a sus aptitudes, al igual que los empresarios para calificarlos o dejarlos de calificar con arreglo a su interés o necesidades de la empresa.

No sería difícil apoyar este sistema incluso en razones de la eficacia pedagógica y el interés de la misma formación social o espiritual de los alumnos. Para que este sistema sea viable hay que crear los centros de formación profesional cerca de los centros fabriles: tal vez en muchos casos haya necesidad de multiplicarlos. Y desde luego ya que la formación profesional es un derecho que se proclama a favor de los jóvenes, será necesario indemnizarlos por la jornada de asistencia a la escuela o al centro de formación profesional para que no sea un privilegio de una minoría.

Pasando por alto diversas cuestiones referentes a los problemas económicos, pedagógicos y sociales de los centros de formación profesional, vamos a ocuparnos de la segunda parte de la ponencia

que se refiere a la acción del sacerdote en estos centros de formación profesional.

### 3. *Cristianización del trabajo.*

Tal como hemos indicado antes, el problema de hoy no es salvar al hombre del trabajo, sino salvar al trabajo mismo; como ha dicho muy bien un sociólogo, cómo trabajando quedar hombre, y cómo hacerse más hombre trabajando, ya que el trabajo está destinado al perfeccionamiento material y moral d hombre.

Pero esta humanización del trabajo solamente podrá culminarse cuando la humanidad demasiado curvada hacia la tierra, se levante de nuevo y mire hacia el cielo. Como recordaba el Papa Pío XII «el tan glorificado placer del trabajo se transformó, cada vez más, en el amargo lamento de una ocupación sin alma, casi mecánica, más o menos forzada en una fastidiosa monotonía de los días, siempre iguales, en la repetición de los gestos siempre uniformes, vacíos de pensamiento. Y ¿cómo habría podido ser diversamente cuando faltaba el principio de toda belleza, de toda alegría, que es Dios? Dios, infinita grandeza, infinita belleza, e infinita bienaventuranza: Dios que precisamente por eso, puede convertir en grande nuestra acción más humilde, en bello nuestro austero deber — en alegre nuestro más duro trabajo; cultura laica ha hecho que muchos no vean ni encuentren ya en el ejercicio de su profesión, en su trabajo ordinario su centro de interés y como el hogar de su vida sobre la tierra ; por eso el mundo está lleno de hombres aburridos, escépticos, divididos entre dos vidas incoherentes...».

Al sacerdote le corresponde la misión de inyectar en los espíritus de las nuevas generaciones de trabajadores ese otro aliento de la vida sobrenatural y cristiana y esa necesidad es la que re-

clama la presencia del sacerdote en los centros en los que se forman esos hombres. Y tan sólo por la educación puede llegar el hombre a ser hombre e indudablemente una de las obras más trascendentales que pueden emprenderse es la del sacerdote que se consagra a hacer a un corazón humano más generoso, más puro, más desprendido, en una palabra más cristiano en esa época decisiva de la juventud.

Estemos seguros de que el mejor avance social no es siempre aquel que se hace con más aparato, sino el que llega a las entrañas de la vida: a la mente y al corazón de los hombres. La reforma que modifica el curso de las ideas y de los sentimientos imprimiéndolos a todos una elevación evangélica es la que en definitiva prevalecerá y se consolidará.

Al igual que en otros tiempos correspondió a los técnicos o mejor dicho, aun hoy día la misión de los técnicos consiste en percatarse y aprovechar hasta el máximo las fuerzas naturales disciplinándolas o sujetándolas a la voluntad humana para ponerlas al servicio de las necesidades humanas, al sacerdote le toca encauzar los ímpetus de la juventud encauzándolos hacia un gran ideal que debe proyectar sobre las almas de los jóvenes educandos.

«La verdadera riqueza de nuestro país, escribía un célebre político, no estriba, como se figuran algunos al parecer, en columnas de cifras en los libros de los banqueros, ni en edificios y fábricas, que se cuentan como capital activo. La riqueza estriba en los hombres, en las mujeres y niños de la nación». Podíamos completar este pensamiento añadiendo que la verdadera riqueza y bienestar radican en la nobleza, rectitud y elevación de los pensamientos y sentimientos de esos hombres, mujeres y niños de la nación.

Pero nadie debe creer en la generación

espontánea de la virtud. «Los medios externos solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos, como ha dicho el Papa Pío XI, no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad». El sacerdote tiene abiertas las puertas de los centros de formación profesional para que deposite la semilla del bien en las almas de los jóvenes aprendices. Y al sacerdote incumbe solucionar el problema de la formación espiritual y moral de los jóvenes. Es más: el sacerdote debe aspirar a formar verdaderos apóstoles entre esos jóvenes, apóstoles que luego colaboren con la Iglesia en la tarea de la recristianización de nuestra sociedad.

#### 4. Recursos que debe emplear el sacerdote.

La primera aspiración de un sacerdote en un centro de esta índole que cuente con considerable número de alumnos es la de conseguir una buena colaboración de los demás profesores. El primer contacto del sacerdote y el primer objetivo del apostolado sacerdotal se han de dirigir a los mismos profesores del centro. ¡Cuánto bien pueden hacer estos cuando sienten algunas ansias de apostolado o simplemente cuando caen en la cuenta de la trascendencia de su trabajo!

Diremos que para ser maestro o profesor en estos centros hace falta vocación y siempre hay necesidad de renovarse interiormente para que no decaiga el ánimo de los que un año y otro siempre tienen que estar repitiendo sus tareas. Una de las mejores formas de que esas mismas tareas se ejecuten con gusto es la de inyectar en los espíritus de estos hombres ideales de apostolado.

A este objeto pueden estar muy indicadas las reuniones con los profesores, reuniones en las que se abordan las cuestiones referentes a la eficacia pedagógica, al conocimiento de los alumnos, a

los planes de trabajo, etc. No estará de más que el sacerdote aproveche esas reuniones para recordar los grandes principios morales y sociales al igual que algunas verdades religiosas a estos sus colaboradores.

Con los alumnos interesa darles una formación religiosa sistemática mediante las clases de religión y moral llevadas lo mejor posible. Esta puede ser la base de la acción del sacerdote en estos centros. Que tengan lecciones de religión y moral todos los cursos y con la intensidad conveniente y que dichas lecciones se den con aspiración de no simple instrucción religiosa, sino de formación y práctica de la vida cristiana. Esta formación necesita un complemento y es la formación social cristiana y para darla nadie más indicado que el sacerdote. Uno o dos cursos de orientaciones sociales y a poder ser alguno de legislación social, aun cuando no sea posible dar mucha amplitud. De esta forma el sacerdote establece un contacto directo y suficientemente amplio como para hacerles ver la importancia e interés que tiene esta formación para los alumnos.

No necesitamos ponderar la necesidad de los ejercicios espirituales adecuados en esta edad crítica. El sacerdote por sí mismo o valiéndose de las casas establecidas para la práctica de los ejercicios debe procurar que los hagan a poder ser una vez antes de salir de la Escuela. Una vez antes de salir de la Escuela convienen que los hagan en completo retiro y por espacio de cinco o seis días. Pero esto no quiere decir que no convengan con más frecuencia. Tal vez una fórmula que pudiera adoptarse es la práctica de los ejercicios anuales en la misma escuela en plan semi-internado al comienzo del curso. Esta sería una oportunidad única para que el sacerdote aprovechara el tiempo desde el primer día poniéndose en contacto estrecho con los jóvenes.

Estos ejercicios espirituales a su vez necesitan el complemento de los días de retiro mensuales que ellos solos y en unión de otros jóvenes de la localidad o de la parroquia pudieran practicarlos cuando menos como preparación para la comunión mensual.

Pudiera ser necesario y siempre muy indicado agrupar a los aprendices en alguna asociación que radique fuera de la Escuela, ya que al abandonar la misma tendrían unas facilidades para continuar con sus buenos hábitos y un ambiente favorable para el ejercicio de la virtud. A este propósito consideramos necesario darles en la misma Escuela un poco de orientación hacia la A. C. u otras asociaciones para que de buenas a primeras no queden solos.

Puede considerarse como un buen auxiliar la creación y mantenimiento de una biblioteca para mediante la recomendación de ciertos libros completar la formación que se les da en las clases.

Y particularmente interesante resulta la organización de cursillos para los ex-alumnos a fin de no perder el contacto con los mismos e incluso mantener entre los mismos los vínculos sociales y espirituales creados en la Escuela. También pueden recomendarse otras formas de asistencia social y espiritual a los ex-alumnos para lograr el objeto antes señalado.

En una asamblea de sacerdotes no necesitamos puntualizar las formas de llegar al corazón y al alma de los jóvenes para que éstos se abran al sacerdote y de esta forma la labor de éste sea eficaz como la semilla que cae en el surco abierto. Igualmente huelga hacer consideraciones sobre las prácticas de la vida cristiana en las que hay que iniciar a los jóvenes. Ya sabemos que no basta ilustrar las mentes sino que hay que mover las voluntades y sobre todo saturar de espíritu cristiano los corazones.